suyos, en el templo mayor de Tlaltelolco. Mucho sintió Cortés esta desgracia, que debia aumentar el vigor y el orgullo de los enemigos, y sin perder tiempo pasó á Tlacopan, con intencion de reprender severamente á Alvarado por su temeridad y desobediencia; pero informado del valor con que se habia conducido en aquella jornada, y de que habia tomado los puestos mas dificiles, se contentó con una benigna admonicion, repitiendo sus órdenes sobre el modo en que deberian hacerse las entradas.

TRAICION DE LOS XOCHIMILCOS Y DE OTROS PUEBLOS.

Las tropas de Xochimilco, de Cuitlahuac y de otras ciudades del lago, que estaban en el campamento de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasion que les ofrecian las continuas entradas de los españoles para saquear las casas de México, se sirvieron de una abominable perfidia. Enviaren una secreta embajada al rey Cuautemotzin, protestándole su invariable fidelidad, y quejándose de los españoles, porque los forzaban á tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que en su primera entrada querian unirse á los Mexicanos contra aquellos enemigos de su patria, para darles muerte á todos, y preservarse de una vez de tanta calamidad. Alabó el rey su intento, y les señaló los puestos que debian ocupar, preguntándoles al mismo tiempo la recompensa que querian por su lealtad y afecto. Entraron aquellos traidores, como solian, á la ciudad, y fingiendo al principio volverse contra los españoles, empezaron á saquear las casas de los Mexicanos, matando á cuantos se les oponian, y haciendo prisioneras á las mugeres y á los niños. Conocieron su perfidia los Mexicanos, y los atacaron con tanta furia, que casi todos los culpados pagaron su maldad con la vida. Los que no murieron en el conflicto, fueron inmediatamente sacrificados por órden del rey. Esta traicion parece no haber sido planteada ni puesta en ejecucion, sino por una parte del populacho de aquella ciudad, gente mal nacida, y dispuesta siempre á cometer toda clase de delitos.

VICTORIA DE LOS MEXICANOS.

Durante veinte dias no habian cesado los españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas, algunos capitanes y soldados, cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron al general, y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas, que á sus órdenes tenia, y diese un golpe decisivo, que los sacase de una vez de tanto peligro y cansancio. El designio de estos era internarse hasta el centro de Tlaltelolco, donde habian reunido sus fuerzas los Mexicanos, para arruinarlos en una accion, ó al ménos inducirlos á rendirse. Cortés, que conocia cuan arriesgada era aquella empresa, procuraba disuadirlos de ella, con las razones mas eficaces; mas no pudiendo conseguirlo, ni pudiendo ya oponerse á una opinion que habia llegado á ser general en el ejército, tuvo que ceder á sus importunas instancias. Ordenó al comandante Sandoval que con ciento quince peones y diez caballos, fuese á unirse con Alvarado; que emboscase su caballería, y levantase el campo, fingiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, á fin de que, empeñados los Mexicanos en seguirlo, pudiera él atacarlos con la caballería por retaguardia; que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo llenar y apisonar; que no diese un paso adelante, sin dejar bien preparado el camino para la retirada, y que hiciese todos los esfuerzos posibles para entrar de mano armada en la plaza del mercado.

El dia señalado para el ataque general marchó Cortés con veinticinco caballos, toda su infantería y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército, por una y otra parte del camino, los bergantines y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion en el pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo á la plaza del mercado. El mando de la primera division

se dió á Julian de Alderete, tesorero del rey, que era el que con mayor empeño habia importunado á Cortés para emprender aquella espedicion; y este le mandó encaminarse por la calle principal y mas ancha, con sesenta peones españoles, siete caballos y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducian desde el camino de Tlacopan á la plaza del mercado, la ménos estrecha se señaló á los capitanes Andres de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, con ochenta peones españoles y mas de diez mil aliados; y de la mas estrecha y dificil se encargó el mismo Cortés, con cien peones españoles y con el grueso de las tropas auxiliares, dejando á la entrada de cada calle el resto de la caballería y los cañones. Entraron todos á un tiempo peleando con valor. Los Mexicanos hicieron al principio alguna resistencia; pero fingiendo despues acobardarse, se retiraron y abandonaron los fosos á los españoles, á fin de que estos, atraidos por la esperanza de la victoria, se aventurasen á los peligros que los aguardaban. Algunos españoles llegaron á las calles mas próximas á la plaza, dejando incautamente detras un ancho foso abierto, y cuando con mas ardor procuraban entrar á porfia en la misma plaza, oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que solo se tocaba por los sacerdotes, en caso de urgencia pública, para escitar al pueblo á tomar las armas. Acudieron inmediatamente tan numerosas tropas mexicanas, y embistieron con tanta furia á los españoles y aliados, que los desordenaron y obligaron á volver atras hasta el foso. Este parecia fácil de pasar, por estar lleno de ramazon y de otros objetos de poco peso, y al poner el pié en aquella engañosa superfieie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravando el mal la violencia del tropel que se agolpaba (1). Allí fué el mayor apuro de los fugitivos, pues no pudiendo pasar á nado y defenderse al mismo tiempo, morian á manos de los Mexicanos, ó quedaban en su poder. Cortés, que con la diligencia propia de un general, habia acudido al peligro, cuando vió llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas con sus gritos y exhortaciones, á fin de que su desórden no facilitase los estragos que estaban haciendo los enemigos. ¿Pero qué voces bastan á contener la fuga de una multitud desbaratada, especialmente cuando el terror la aguijonea? Atravesado del mas vivo dolor por la pérdida de los suyos, y no haciendo caso de su propio peligro, el general se acercó al foso para salvar á los que pudiera. Algunos salian desarmados, otros heridos, y otros casi ahogados. Procuró ponerlos en órden, y encaminarlos al campo, quedando él detras con doce ó veinte hombres, para guardarles las espaldas; pero apénas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel dia hubiera sido el último de su vida, á pesar del estraordinario brio con que se defendió, y con su vida se hubiera perdido la esperanza de la conquista de México, si los Mexicanos, en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo para honrar con tan ilustre víctima á sus dioses. Ya estaba en su poder, y ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con la mayor prontitud á libertarlo. Debió Cortés, principalmente, la vida y la libertad, á un soldado de su guardia, llamado Cristobal de Olea, hombre de gran valor, y de singular destreza en las armas (1), el cual en otra ocasion lo habia preservado de un peligro semejante, y en aquella lo salvó á costa de su propia vida, cortando de un

[1] Solis dice que este foso estaba fuera de la ciudad, y que al salir de él los españoles, fueron atacados por los Mexicanos; mas este es un error manifiesto, pues nos consta por el dicho de Cortés y de otros historiadores, que estaba entre el camino principal de Tlacopan y la plaza del mercado, y que para regresar los españoles á su campo tuvieren que atravesar la mayor parte de la ciudad.

(1) Bernal Diaz alaba en muchos lugares de su Historia el valor de Olea, cuya muerte fué muy sentida por el general y por los soldados.

tajo el brazo al Mexicano que lo llevaba consigo. Tambien contribuyeron á su preservacion el príncipe D. Cárlos Ixtlilxochitl, y un valiente Tlaxcalteca llamado Temacatzin.

Llegaron por fin los españoles, aunque con indecible dificultad, y con no poca gente herida, al gran camino de Tlacopan, donde Cortés pudo ordenarlos, quedando siempre á retaguardia con la caballería; pero el arrojo y el furor con que los perseguian los Mexicanos eran tales, que parecia imposible que uno solo escapase vivo. Los que habian entrado por los otros caminos, habian sostenido tambien reñidísimos combates; pero habiendo sido mas diligentes en llenar los fosos, les fué ménos dificil la retirada, cuando por órden de Cortés la efectuaron hácia la plaza mayor de Tenochtitlan, donde se reunieron. Desde allí vieron con gravísimo dolor, elevarse de los hogares del templo mayor, el humo del copal que los Mexicanos quemaban á sus dioses en accion de gracias por la victoria; pero creció su pena cuando los vencedores, para desanimarlos, les arrojaron las cabezas de algunos españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. De la plaza se encaminaron por el camino de Iztapalapan, á su campamento, ostigados sin cesar por una gran muchedumbre de enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar en la plaza del mercado por un camino que iba desde Tlacopan á Tlatelolco, y avanzaron felizmente sus oporaciones, hasta un sitio poco distante de la plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles, y oido decir á los Mexicanos que Cortés y sus capitanes habian perecido, se retiraron con gran dificultad, habiéndose agregado á los enemigos que ántes los atacaban, los que habian derrotado á las tropas de Cortés.

La pérdida que tuvieron en aquella jornada los sitiadores, fué de siete caballos, muchas armas y barcas, un cañon, mas de mil aliados, y mas de sesenta españoles, de los cuales, unos murieron en la batalla, y los otros que cayeron prisioneros, fueron inmediatamente sacrificados en el templo mayor de Tlatelolco, á vista de la division de Alvarado. Tambien murió el capitan de un bergantin. Cortés fué herido en una pierna, y apénas hubo entre los sitiadores quien no quedase herido ó mal parado (1).

Celebraron los Mexicanos por espacio de ocho dias continuos la victoria que acababan de conseguir, con iluminaciones y música en los templos; propagaron la noticia por todo el reino, y enviaron á las provincias las cabezas de los españoles que habian perecido, para amedrentar á los pueblos que se habian rebelado contra la corona, y volverlos á traer á su obediencia, como lo consiguieron de algunos. Escavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras, y volvieron á poner la ciudad, escepto los templos y las casas arruinadas, en el mismo estado en que se hallaba ántes del asedio.

COMBATES DE LOS BERGANTINES, Y ESTRATAGEMAS DE LOS MEXICANOS.

Entre tanto los españoles estaban á la defensiva, curando á los heridos, y restableciéndose para los combates futuros; mas á fin de que no se aprovechasen de su descuido los Mexicanos, é introdujesen víveres en la ciudad, mandó Cortés que los bergantines no cesasen de costear el lago de dos en dos. Los Mexicanos, reconociendo la superioridad de los buques y de las armas de sus enemigos, y no pudiendo servirse de los mismos recursos, quisieron á lo ménos rivalizar en cierto modo con los bergantines. Con este objeto habian fabricado treinta barcas grandes, llamadas por los españoles *piraguas*, bien provistas de todo lo necesario, y cubier-

[1] Cortés no cuenta mas que 35 ó 40 españoles muertos, y 20 heridos; pero, como otros muchos generales, disminuye sus pérdidas, y así lo hizo con la que esperimentó en la derrota del 1.° de julio. Mas digno de crédito es Bernal Diaz, que parece tener particular esmero en llevar cuenta de los españoles que iban faltando.

tas de gruesos tablados, para poder combatir en ellas, sin tanto riesgo de irse á pique. Determinaron hacer con ellas una emboscada á los bergantines en los cañaverales que habia entre los huertos flotantes, y clavaron en los mismos sitios gruesas estacas, ocultas por las aguas, para que chocando en ellas, se rompiesen los buques contrarios, ó al ménos se hallasen embarazados en la defensa. Dispuesto este amaño, hicieron salir de los canales tres ó cuatro barcas pequeñas, á provocar á los bergantines que allí cruzaban, y á empeñarlos, con una disimulada fuga, al punto de la emboscada. Los españoles, al ver las barcas, hicieron vela hácia ellas, y cuando estaban mas empeñados en darles caza, chocaron los bergantines con las estacas, saliendo al mismo tiempo las treinta barcas grandes, y atacándolos por todos lados. Corrieron los españoles gran riesgo de perder los buques y las vidas; pero miéntras que con el fuego de los mosquetes entretenian á los enemigos, tuvieron tiempo algunos diestros nadadores de arrancar las estacas, con lo que libres de todo empacho, pudieron servirse de la artillería para poner en fuga á los contrarios. Los bergantines recibieron mucho daño, los españoles quedaron heridos, y de los dos capitanes que los mandaban, uno murió en la accion y otro algunos dias despues. Los Mexicanos repararon sus piraguas para repetir la estratagema; pero avisado secretamente Cortés del sitio en que se ponian en acecho, dispuso otra emboscada con seis bergantines, y aprovechándose del ejemplo de los enemigos, mandó que uno solo se acercase al sitio en que estos se ocultaban, y que cuando lo descubriesen, huyese hácia la emboscada española. Todo se hizo conforme á su plan; porque los Mexicanos, al ver el bergantin, salieron prontamente, y cuando se creian mas seguros de su presa, los atacaron de pronto los otros cinco bergantines, y empezaron á servirse de la artillería, con cuya primera descarga echaron á pique unas barcas, é hicieron pedazos otras. La mayor parte de los Mexicanos perecieron; muchos fueron hechos prisioneros, y entre ellos algunos nobles, de quienes se sirvió Cortés para proponer un convenio con la corte de México.

MENSAJE INFRUCTUOSO AL REY DE MEXICO.

Mandó pues decir al rey, por medio de aquellos personajes, que considerase cuánto se iba disminuyendo la poblacion de su reino, al mismo tiempo que se aumentaban las fuerzas españolas; que al fin debian ceder al mayor número; que aunque el ejército sitiador no entrase en la ciudad á cometer hostilidades, bastaba impedir la entrada á toda especie de socorro, para que el hambre hiciese lo que no habian hecho las armas; que aun estaba á tiempo de evitar los desastres que lo amenazaban; que si admitia las condiciones pacíficas que le ofrecia, cesarian inmediatamente todas las operaciones del asedio, quedando el rey en tranquila posesion del poder y de la autoridad de que hasta entónces habia gozado, y sus súbditos libres y dueños absolutos de sus bienes; que lo que solo se exigia de su magestad y de sus pueblos, era que tributasen el homenaje debido al rey de España como supremo señor de aquel imperio, cuyos derechos habian sido ya reconocidos por los mismos Mexicanos, y se fundaban en la antigua tradicion de sus mayores; que si por el contrario se obstinaba en la guerra, se veria privado de su corona, la mayor parte de sus súbditos perderian la vida, y aquella grande y hermosa ciudad quedaria reducida á cenizas y escombros. El rey consultó con sus ministros, con los generales de sus ejércitos y con los gefes de la religion: les espuso las proposiciones que el caudillo español le hacia, la escasez de víveres, la afliccion del pueblo, y los males aun mayores que los amenazaban, y les mandó que dijesen libremente su parecer. Algunos previendo el éxito de la guerra, se inclinaban á la paz: otros, movidos por odio á los españoles y por el estímulo del honor, insistian en la continuacion de la guerra. Los sacerdotes, cuya autoridad era de tanto pe-

so en aquel asunto, como en todos los graves, se opusieron fuertemente á la paz, alegando los supuestos oráculos de sus dioses, cuya cólera debia temerse, si cedian los Mexicanos á las pretensiones de aquellos crueles enemigos de su culto, y cuya proteccion debia ser implorada con oraciones y sacrificios. Prevaleció este dictámen por el temor supersticioso que se habia apoderado de aquellos espíritus, y en su virtud se respondió al general español que continuase la guerra, pues ellos estaban resueltos á defenderse hasta el último aliento. Si los hubiesen inducido á esta resolucion, no ya el miedo de sus falsas divinidades, sino el honor, el amor de la patria, y el deseo de vivir libres, no hubiera sido tan culpable su tezon; pues aunque su ruina parecia inevitable, continuando la guerra, no podian tener esperanza de que la paz mejorase su condicion. Por otra parte, la esperiencia de los sucesos pasados no les permitia fiarse de las promesas de aquellos estranjeros: así que, debia parecerles mas conforme á las ideas de honor la resolucion de morir con las armas en la mano, en defensa de la patria y de la independencia, que abandonar la misma patria á unos invasores codiciosos, y quedar reducidos por su humillacion á una triste y miserable esclavitud.

ESPEDICIONES CONTRA LOS MALINALQUESES Y LOS MATLATZINCAS.

Dos dias despues de la derrota de los españoles, llegaron al campo de Cortés algunos mensajeros enviados por la ciudad de Cuauhnahuac, á quejarse de los grandes males que les hacian los Malinalqueses, sus vecinos, los cuales, segun parecia, querian confederarse con los Cohuizcos, nacion muy numerosa, para destruir á Cuauhnahuac, porque se habia aliado con los españoles, y pasar despues los montes, dirigiéndose con un gran ejército al campamento de Cortés. Este general, aunque se hallaba mas bien en estado de pedir socorro que de darlo, por la reputacion de las armas españolas, y para evitar el golpe que lo amenazaba, envió al capitan Andres de Tapia con los mismos mensajeros, y con doscientos peones españoles, diez caballos y un buen número de aliados, encargándole que se uniese con las tropas Cuauhnahuaqueses, é hiciese cuanto pudiese convenir al servicio de su rey, y á la seguridad de sus compatriotas. Tapia ejecutó cuanto se le habia mandado, y en un pueblecillo, situado entre Cuauhnahuac y Malinalco, tuvo una gran batalla con los enemigos, los destruyó y los persiguió hasta la falda del alto monte en que esta segunda ciudad estaba situada. No pudo atacarla, como hubiera querido, por ser el monte inaccesible á la caballería; pero asoló la campiña, y siendo ya cumplido el término de diez dias que el general le habia señalado, volvió á reunirse con el grueso del ejército.

Dos dias despues llegaron los mensajeros de los Otomites del valle de Tolocan, pidiendo ayuda contra los Matlaltzincas, nacion guerrera y poderosa del mismo valle, los cuales les hacian guerra, quemándoles sus pueblos y cogiéndoles muchos prisioneros; y ademas se habian puesto de acuerdo con los Mexicanos, para atacar con todas sus fuerzas al ejército de Cortés, por parte de tierra, miéntras ellos hacian una salida general. En efecto, en las diferentes entradas de los españoles en México, los habitantes los habian amenazado con el poder de los Matlatzincas; por lo que Cortés, oido el mensaje de los Otomites, conoció el grave riesgo que corria, si daba tiempo á que los enemigos ejecutasen su designio. No quiso confiar aquella importante empresa sino al ilustre y nunca vencido Sandoval. Este hombre infatigable, aunque habia recibido una herida el dia de la derrota de Cortés, en los siguientes habia estado ejerciendo las funciones de general, recorriendo incesantemente los tres campamentos, y dando las órdenes mas oportunas para su seguridad. Pasados apénas catorce dias despues de aquel desastre, marchó al valle de Tolocan, con diez y ocho caballos, cien peones españoles y sesenta mil aliados. En el camino vieron

indicios de los estragos hechos por los Matlatzincas, y cuando entraron en el valle, hallaron un pueblo recien destruido, y descubrieron las tropas enemigas, que marchaban cargadas de despojos, los cuales abandonaron, al divisar á los españoles, queriendo pelear sin aquel embarazo. Pasaron un rio que atraviesa el valle, y permanecieron en la orilla, aguardando de pié firme á los españoles. Sandoval lo vadeó intrépidamente con su ejército, atacó á los contrarios, los obligó á ponerse en fuga, y los siguió por espacio de nueve millas, hasta una ciudad, donde se refugiaron los Matlatzincas, dejando muertos mas de mil de los suyos en el campo. Sitió Sandoval el pueblo, y forzó á los enemigos á dejarlo y á guarecerse en una fortaleza, construida en la cima de una escabrosa elevacion. Entró el ejército victorioso en la ciudad, y despues de haberla saqueado, pegó fuego á los edificios. Era tarde, y la tropa estaba fatigadísima, por lo que Sandoval resolvió dejarla descansar allí aquella noche, reservando para el dia siguiente el asalto de la fortaleza; mas cuando quiso emprenderlo, la halló abandonada. En su regreso, pasó por algunos pueblos que se habian declarado enemigos; mas no necesitó emplear las armas contra ellos, porque amedrentados á la vista de tan formidable ejército, aumentado con numerosos refuerzos de Otomites, se rindieron espontáneamente al gefe español. Este los acogió con suma benignidad, y exigió de ellos que indujesen á los Matlatzincas á ser amigos de los españoles, representándoles las ventajas que de ellos podian aguardar, y los males que podria acarrearles su enemistad. Estas espediciones fueron de grandísima importancia; pues cuatro dias despues de la vuelta de Sandoval, llegaron al campamento de Cortés muchos señores Matlatzincas, Malinalqueses y Cohuixcos (1), á escusarse por las hostilidades cometidas, y á establecer una confederacion, que fué tan útil á los españoles, como perjudicial á los Mexicanos.

Ya no tenian los españoles enemigos que temer por la parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con tan escesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México mas gente que la que Jerges envió contra Grecia, si por causa de la situacion de aquella capital, no hubiese servido de embarazo mas bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores. Los Mexicanos por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre. Tenia aquella desventurada corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzinco y de Cholula; casi todas las ciudades del valle de México; las numerosas naciones de Totonacas, Mixtecas, Otomites, Tlahuicas, Cohuixcos, Matlatzincas y otras, de modo que, ademas de los enemigos estranjeros, mas de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia.

HECHO MEMORABLE DEL GENERAL CHICHIMECATL.

Miéntras Sandoval empleaba su acero y su pericia militar contra los Matlatzincas, el Tlaxcalteca Chichimecatl dió una nueva prueba de su arrojo. Este famoso general, viendo que despues de la derrota, los españoles se mantenian en la defensiva, determinó hacer una entrada en México, solo con sus Tlaxcaltecas. Salió pues del campamento de Alvarado, donde habia permanecido desde el principio del asedio, acompañando á los españoles en todos los combates, y ostentando en todas ocasiones su intrepidez. Pasó en aquella espedicion muchos fosos, y dejando en el mas importante y arriesgado una guarnicion de cua-

[1] Cortés escribe *Cuisco*, en vez de *Cohuixco*. El autor de las notas á las Cartas de aquel conquistador pensó que hablaba de Huisuco, porque no sabia que habia una gran provincia llamada Cohuixco. Huisuco, en mexicano Huitzoco, era y es un lugar oscuro, y no una gran provincia, como Cortés dice que era Cuisco.

trocientos flecheros, para que le asegurasen la retirada, entró con el grueso de las tropas en la capital, donde tuvo un terrible encuentro con los Mexicanos, en que fueron muertos y heridos muchos de una y otra parte. Lisonjeábanse los enemigos con la esperanza de dar un golpe terrible á los Tlaxcaltecas en el paso del foso: por lo que, les siguieron el alcance cuando vieron que se retiraban; pero con el auxilio de los flecheros pudo Chichimecatl burlarse de sus esfuerzos, y volver lleno de gloria á su campo (1).

Los Mexicanos, para vengarse del arrojo de los Tlaxcaltecas, atacaron una noche el campo de Alvarado; pero habiéndolos oido oportunamente las centinelas, corrrieron á las armas españoles y aliados. Duró el combate tres horas, durante las cuales, oyendo Cortés el cañoneo desde su campo, y sospechando lo que seria, creyó que aquella era una escelente ocasion de entrar en la ciudad con su gente, que ya estaba curada de sus heridas. Los Mexicanos que habian ido á Tlacopan, no habiendo podido superar la resistencia de los españoles, volvieron al pueblo, donde hallaron el ejército de Cortés. Ambas huestes pelearon con valor, pero sin ventajas notables de una ni otra parte.

En este mismo tiempo, y cuando mas necesidad habia de armas y municiones, llegó un buque con socorros á Veracruz, y con ellos pudieron los españoles continuar las operaciones del sitio. El príncipe D. Carlos Ixtlilxochitl habia aconsejado al general español que no se empeñase en nuevos ataques, que debian ser funestos á su ejército, haciéndole ver que sin esponerse á nuevas pérdidas y sin arruinar los edificios de aquella hermosa ciudad, podria apoderarse de ella, solo con impedir la entrada de víveres, pues cuanto mayor fuese el número de los sitiados, tanto mas pronto consumirian las pocas provisiones que les quedaban. Este sabio consejo, que no debia esperarse de un príncipe tan jóven, y que solo deseaba ocasiones de señalar su intrepidez, fué tan del gusto del caudillo español, que sin poder contenerse, corrió á darle un abrazo, significándole con las mas vivas espresiones su gratitud. Observó en efecto aquel plan algunos dias; mas despues, cansado de la inaccion, volvió á las antiguas hostilidades, aunque no sin ofrecer ántes la paz á los Mexicanos, esponiéndoles las razones con que ántes habia procurado convencerlos. Los Mexicanos respondieron que no dejarian jamas las armas, interin los españoles permaneciesen en aquel pais.

ESTRAGOS DE MEXICO, Y VALOR DE ALGUNAS MUGERES.

Informado de esta resolucion, viendo que llevaba ya cuarenta y cinco dias de asedio, y que cuanto mas convidaba con la paz á los sitiados, tanto mas se obstinaban en la guerra, determinó Cortés no dar un paso en la ciudad sin destruir todos los edificios de una y otra parte de la calle, tanto por evitar el daño que recibian sus tropas de las azoteas, como para obligar á los enemigos, con tan rigorosas hostilidades, á ceder á sus pro-

[1] Bernal Diaz dice que despues de la derrota de Cortés en México, los españoles se vieron abandonados por sus aliados, y que estos, por miedo de las amenazas que los sitiados les hacian en nombre de los dioses, se retiraron todos á sus casas: que en el campo de Cortés solo quedó el príncipe D. Carlos con 40 Texcocanos; en el de Sandoval, un señor de Huexotzinco con 50 hombres, y en el de Alvarado el general Chichimecatl con 80 Tlaxcaltecas. Mas esto no pudo ser, pues dos dias despues de la retirada, salió el capitan Tapia á combatir á los Malinalqueses, y llevó consigo muchos aliados, como lo refiere el mismo Bernal Diaz. Doce dias despues que Tapia, partió del mismo campo Sandoval con 60,000 aliados, segun Cortés, y miéntras Sandoval hacia la guerra á los Matlatzincas, esto es, diez y seis ó diez y ocho dias despues de la derrota, hizo su famosa entrada Chichimecatl, y no pudo verificarla sin muchos millares de Tlaxcaltecas. Lo cierto es que no se fueron todos los aliados; y que si se fueron algunos, pronto volvieron, pues de allí á pocos dias habia en los tres campamentos, y especialmente en el de Cortés, mayor número de ellos, que ántes de su última y desastrosa espedicion. Cortés no habla de aquella desercion, y no es probable que la echase en olvido en la relacion que hace al rey de sus desventuras.

posiciones. Pidió para esto, y obtuvo de los aliados algunos millares de gastadores, provistos de las armas necesarias para echar abajo las casas, y rellenar los fosos. Hizo en los dias siguientes nuevas entradas en el pueblo, con sus españoles, con los bergantines y con mas de cincuenta mil aliados, arruinando los edificios, llenando los fosos y disminuyendo el número de los contrarios, aunque no sin grave riesgo de su persona y de su gente; pues hubiera caido él mismo prisionero, á no haber llegado oportunamente á socorrerlo sus soldados, y el grueso de sus tropas tuvo que huir varias veces, para sustraerse al furor de los Mexicanos. Perecieron en aquellas jornadas algunos españoles y aliados, y dos bergantines estuvieron ya casi vencidos por una escuadra de canoas; mas otro bergantin los sacó de aquel apuro.

Hiciéronse célelebres en estas entradas algunas mugeres españolas que acompañaron voluntariamente á sus maridos á la guerra, y que con los continuos males que sufrian, y con los ejemplos de valor que tenian siempre á la vista, habian llegado á ser buenos soldados. Hacian la guardia, marchaban con sus maridos, armadas de corazas de algodon, espada y rodela, y se arrojaban intrépidamente á los enemigos, aumentando, no obstante su sexo, el número de los sitiadores (1).

El 24 de julio se hizo otra entrada en la ciudad, con un número de tropas, superior al de las últimas (2). Los españoles, combatiendo vigorosamente, se apoderaron del camino por el cual se unia el grande de Iztapalapan con el de Tlacopan: operacion que Cortés deseaba con ansia, para tener libres sus comunicaciones con el campamento de Alvarado. Tomaron y llenaron varios fosos; quemaron y arruinaron muchos edificios, y entre otros uno de los palacios del rey Cuauhtemotzin, que era vastísimo, sólido y bien fortificado. De las cuatro partes de la ciudad, tres quedaron aquel dia en poder de los españoles, y los sitiados se aislaron en Tlatelolco, que por tener allí mas agua el lago, era la mas fuerte y segura.

Por una señora Mexicana que fué hecha prisionera en el último asalto, supo Cortés el miserable estado de la ciudad, por la penuria de víveres y la discordia que reinaba entre los habitantes; pues el rey, sus parientes y una parte de la nobleza, estaban decididos á morir ántes que ceder, pero el pueblo estaba desanimado y cansado del asedio. Confirmaron estas noticias algunos fugitivos, que, estrechados por el hambre, vinieron al campamento de Cortés. Ellos lo decidieron á no dejar pasar un dia sin hacer una entrada, hasta reducir la ciudad ó destruirla.

Volvió en efecto el 25 con su ejército, y se apoderó de una larga calle, en que habia un foso tan ancho, que para llenarlo fué necesario pasar todo el dia. Entre tanto, las tropas demolian todas las casas de una y otra acera, á pesar de la resistencia de los Mexicanos. Estos, viendo á los aliados tan afanados en aquella destruccion, les gritaban: "Arruinad esas casas, traidores, que pronto tendreis el trabajo de reedificarlas." A lo que los aliados respondian: "Así lo haremos, si salis vencedores; pero mas probable es que vosotros las alceis de nuevo, para que se alojen en ellas vuestros enemigos." No pudiendo los Mexicanos reparar tanto daño, hicieron en las calles unas pequeñas fortificaciones de madera, para reemplazar las azoteas, y llenaron la plaza de guijarros para estorbar el juego de la caballería; pero los alidos sacaron gran partido de esta estratagema, pues se sirvieron de los guijarros para llenar con ellos los fosos.

En la entrada del 26 se ganaron dos de estos, recien hechos por los Mexicanos, y de considerable anchura. Alvarado por su par-

[1] Estas mugeres se llamaban Maria de Estrada, de cuyo valor he hablado ántes; Beatriz Bermudez de Velasco, Juana Martin, Isabel Rodriguez y Beatriz Palacios.

[2] Dice Cortés que cuando vieron los aliados la fortuna de las armas españolas, acudieron en tan gran número á servir en el asedio, que era imposible contarlos.

te se adelantaba cada vez mas en la ciudad, y tantos progresos hizo, que llegó á ganar dos torres próximas al palacio en que residia el rey Cuauhtemotzin; pero no pudo avanzar, como deseaba, por la suma dificultad que halló en los fosos, y por la tenaz resistencia de los enemigos, los cuales lo obligaron á retroceder, y lo atacaron furiosamente por retaguardia. Cortés, habiendo observado una humareda estraordinaria que se alzaba de aquella torre, y sospechando lo que en efecto sucedia, entró como solia en la ciudad, y empleó todo el dia en reparar los pasos dificiles. Solo le faltaban un canal y una trinchera para entrar en la plaza del mercado. Resolvió hacerse dueño de aquellos puntos, y lo consiguió: entónces fué cuando por primera vez, despues de empezado el asedio, se reunieron sus tropas á las de Alvarado, con indecible júbilo de unos y otros. Entró Cortés con alguna caballería en aquella gran plaza, y vió en ella innumerable gente alojada en los pórticos, por no haber quedado casas en pié en todo el barrio. Subió al templo, desde el cual observó la ciudad, y vió que solo le quedaba por tomar una octava parte de ella. Mandó pegar fuego á las altas y hermosas torres de aquel edificio, en el cual, así como en el templo mayor de Tenochtitlan, se adoraba el ídolo del dios de la guerra. La plebe mexicana, viendo aquel gran incendio, que parecia subir hasta las nubes, prorumpió en las mas amargas demostraciones de dolor. Movido á piedad, al ver el triste estado á que se hallaban reducidos tantos miserables, mandó suspender por todo el dia las hostilidades, y envió nuevas proposiciones á los sitiados; mas ellos respondieron que interin quedase un Mexicano con vida, defenderian la patria hasta morir.

ESTADO DEPLORABLE DE LOS MEXICANOS.

Pasados cuatro dias sin combates, entró de nuevo Cortés en México, y encontró una gran multitud de hombres, mugeres y niños, débiles, macilentos y casi moribundos de hambre, la cual habia llegado á tal punto, que muchos vivian de yerbas, de raices, de insectos, y aun de las cortezas de los árboles. Compadecido á vista de tantas desventuras, mandó á sus tropas que no hiciesen daño á nadie: pasó á la plaza del mercado, y vió los pórticos llenos de gente desarmada, indicio seguro del desaliento del pueblo, y del disgusto con que sufria la obstinacion del rey y de la nobleza. La mayor parte de aquel dia se empleó en negociaciones de paz; pero viendo Cortés que nada conseguia, dió órden al capitan Alvarado que entrase de mano armada por una gran calle en que habia mas de mil casas, y él con todo su ejército, renovó los ataques por otro punto. Fué tan grande el destrozo que hicieron aquel dia en los sitiados, que entre muertos y prisioneros se contaron mas de doce mil. Los aliados se cebaban de tal modo en aquellas infelices víctimas, que no perdonaban edad ni sexo, no bastando á refrenar su crueldad las órdenes severas del general español.

Al dia siguiente volvió este á la ciudad, despues de haber prohibido toda especie de hostilidad, tanto por la compasion que le inspiraba la vista de aquellas miserias, como por la esperanza que tenia de que cediese al fin la resistencia. Los Mexicanos, viendo venir tan gran número de tropas, y entre ellas á los súbditos que ántes los servian, y que ya los amenazaban con la muerte; hallándose reducidos á tan penosa situacion, y teniendo á la vista tantos y tan deplorables objetos, pues no podian poner el pié en tierra, sin pisar los cadáveres de sus conciudadanos, desfogaron su rabia en horrendos clamores, y pedian la muerte como el único término que podian tener sus males. Rogaron á Cortés algunos de la plebe que se abocase con los nobles que defendian una trinchera, para tratar de convenio. Eran justamente de aquellos que ya no podian sobrellevar los males del sitio. Cortés quiso hablarles, aunque sin esperanzas de conseguir lo que deseaba. Cuando lo vieron venir los nobles, le dijeron desesperados: "Si eres hijo del sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en el

breve espacio de un dia termina su carrera, tardas tanto en poner fin á nuestros males con la muerte? Queremos morir para ir al cielo, donde nos aguarda nuestro dios Huitzilopochtli, para darnos el reposo de nuestras fatigas, y el premio de nuestros afanes." Cortés les propuso varias razones, para reducirlos á la paz; mas habiendo ellos respondido que ni tenian autoridad para aceptarla, ni esperanza de convencer al rey, envió á este con el mismo fin un ilustre personaje, que tres dias ántes habia sido hecho prisionero, y era tio del rey de Texcoco. Aunque estaba herido, pasó inmediatamente á Tlaltelolco á comunicar su mensaje; pero no se vió otro resultado que el continuo clamor con que el pueblo pedia la muerte (1). Algunas tropas mexicanas embestian desesperadas á los españoles; pero estaban tan debilitadas por el hambre, que era poco el daño que hacian, y demasiado el que recibian de sus enemigos.

Volvió Cortés al dia siguiente á la ciudad, esperando á cada momento que se rindiesen los Mexicanos, y sin permitir que se les hiciese la menor ofensa, se dirigió á ciertos personajes que guardaban una trinchera, y á quienes conocia desde su primera venida á México. Preguntóles por qué se empeñaban tan obstinadamente en defenderse, no siéndoles ya posible resistir, y hallándose en tal estado, que con un solo golpe podria esterminarlos á todos. Ellos respondieron que veian ser inevitable su ruina, y que hubieran deseado evitarla; pero no podian, pues solo les tocaba obedecer. Sin embargo, ofrecieron suplicar al rey que aceptase la paz que se le proponia. En efecto, fueron á palacio, y de allí á poco volvieron con la respuesta de que por ser ya tarde no podia venir el rey; pero que al dia siguiente hablaria con Cortés en aquel mismo sitio. Este era el centro de un gran terraplen cuadrado, en que los Mexicanos hacian sus representaciones teatrales, como en otra parte he dicho. Mandó Cortés adornar aquel teatro con tapetes, y poner bancos, para celebrar la deseada conferencia, disponiendo al mismo tiempo una buena comida para el rey y para los nobles que debian acompañarlo. Llegado el dia, envió á decir al rey que lo estaba aguardando; mas Cuauhtemotzin respondió por medio de cinco personajes de su corte, que no podia asistir á la entrevista, por hallarse indispuesto, y porque no se fiaba de los españoles. Cortés los acogió con estraordinarias muestras de amabilidad, comió con ellos y los volvió á enviar al rey, para suplicarle en su nombre que viniese sin recelo, pues él empeñaba su palabra de que la real persona seria tratada con el respeto debido: que su presencia era absolutamente necesaria, y que sin ella nada se podia concluir; y acompañó el mensaje con un regalo de víveres, que era lo mas precioso que podia enviarle. Los nobles, despues de haber hablado largamente de las grandes necesidades que padecian, marcharon á desempeñar su encargo, y de allí á dos horas volvieron con la misma respuesta que ántes, y con otro regalo de trages finísimos, que el rey enviaba á Cortés. Tres dias se emplearon en estas negociaciones, sin sacar de ellas ningun fruto.

TERRIBLE CONFLICTO Y HORRENDOS ESTRAGOS DE LOS MEXICANOS.

Cortés habia dado órden á los aliados de permanecer fuera de la ciudad, por haberle rogado los Mexicanos que no les permitiese entrar en ella, durante la conferencia con el monarca; pero viendo ya perdida toda esperanza de negociacion, llamó todas las tropas de su campo, en que habia ciento cincuenta mil hombres, y las del campo de Alvarado, y con todas estas fuerzas juntas atacó unos fosos y trincheras, que eran las mayores fortificaciones que habian quedado á los Mexicanos, miéntras Sandoval con su ejército atacaba la ciudad por la parte del Norte. Aquel dia fué el mas infausto para

[1] Se dijo, segun escribe Cortés, que cuando aquel personaje se presentó á Cuauhtemotzin, para hablarle de paz, fué sacrificado por su órden; mas no teniendo este hecho mas fundamento que un rumor vano, no me parece digno de crédito.

aquella desventurada poblacion, y en el que mas copiosamente se derramó la sangre mexicana, no teniendo ya aquellos infelices ni armas para rechazar la muchedumbre y el furor de sus enemigos, ni fuerzas para defenderse, ni tierra para combatir. Las calles de la ciudad estaban cubiertas de cadáveres, y el agua de los fosos y canales teñida de sangre. No se veia mas que ruina y desolacion, y solo se oian llantos, gritos de desesperacion y lamentos. Los aliados se encarnizaron de tal modo contra aquella gente miserable, que los españoles se fatigaron mas en refrenar su crueldad, que en combatir con sus enemigos. El estrago que se hizo aquel dia en los Mexicanos fué tan grande, que segun Cortés, pasó de cuarenta mil personas, entre muertos y prisioneros.

ULTIMO ATAQUE, Y TOMA DE LA CIUDAD.

La intolerable fetidez de tantos cadáveres insepultos obligó entónces á los sitiadores á retirarse de la ciudad; pero el dia siguiente, 13 de agosto, volvieron á ella para dar el último asalto á la parte de Tlaltelolco, que aun conservaban los Mexicanos. Llevó Cortés consigo tres cañones y todas sus tropas. Señaló á cada capitan su puesto, y les mandó que empleasen todos sus esfuerzos en obligar á los sitiados á echarse al agua hácia el punto á que debia acudir Sandoval con todos los bergantines, que era una especie de puerto, circundado por todas partes de casas, y al cual aportaban por lo comun las barcas de los traficantes que asistian al mercado de Tlaltelolco. Encargóles sobre todo que procurasen apoderarse del rey Cuauhtemotzin, pues esto solo bastaba para hacerse dueños de la ciudad, y poner término á la guerra; mas ántes de emprender aquel golpe decisivo, hizo nuevas tentativas de negociacion. Indújolo á esto, no solo la compasion de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza; pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los Mexicanos, privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrian echarlos al lago para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo asi, los aliados, que eran innumerables y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del pais, se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco ó nada dejarian á los españoles. Volvió, pues, á hablar desde un sitio eminente á unos Mexicanos de distincion, que le eran conocidos, representándoles el estremo peligro en que se hallaban, y rogándoles hiciesen nuevas instancias al rey para que se prestase á la conferencia tantas veces propuesta, y de la cual solo podria resultar su bien, y el de todos sus súbditos; pues si persistia en su designio de defenderse, él estaba resuelto á no dejar aquel dia un solo Mexicano vivo. Dos de aquellos nobles partieron á desempeñar su encargo, y á poco rato volvieron, acompañando al Cihuacoatl, ó supremo magistrado de la corte. El general español lo recibió con estraordinarias demostraciones de honor y amistad; mas él, con aire magestuoso, en que parecia querer manifestar cuan superior era á todas las calamidades humanas, "ahorraos, le dijo, el trabajo de solicitar una entrevista con mi rey y señor Cuauhtemotzin, el cual está resuelto á morir, ántes que ponerse en vuestra presencia. No puedo esplicaros cuan dolorosa me es esta resolucion; pero no hay remedio. Adoptad las medidas que mas os convengan, y poned en ejecucion vuestros designios." Cortés le respondió que fuese á preparar los ánimos de sus compatriotas á la muerte que muy en breve debian sufrir. Entre tanto habian venido á rendirse á Cortés numerosos tropeles de mugeres y niños, que procuraban á porfia salvarse de tan estremo peligro, muchos de los cuales, por estar tan débiles, se ahogaban al pasar los fosos. Cortés mandó que no se hiciese mal á los que se entregasen; y no satisfecho con dar la órden, distribuyó varios puestos de españoles para que con su autoridad refrenasen la inhumana furia de los aliados; mas á pesar de estas precauciones, murieron á manos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO